

EL FARAÓN QUE VIVIÓ EN UN CUENTO

La sombra de la pirámide se hacía inmensa en el atardecer. El cielo convertía en rojos los colores. Quedaba la silueta recortada sobre la arena en oscuros fríos. El silencio era una puerta en la inmensidad.



En aquella hora, en la imprecisa luz del crepúsculo, el faraón se sentaba frente al desierto. Le gustaba sentir la eternidad. Pensaba en el mundo, en las cosas, en las personas que lo rodeaban.

Las estrellas lo sorprendían cada noche con los ojos brillantes y en la boca miles de preguntas sin hacer.



Después de la opulenta cena, en las tertulias del palacio, había pocas cosas que decir. La madrugada atravesaba fría la arena del desierto. El faraón estaba aún pensando, envuelto en linos blancos, sin que acudiera el sueño. Había oído hablar de unos hombres que contaban historias en el mercado. Venían de lejos, nadie sabía de dónde, ni por qué caminos habían llegado. Pero en sus túnicas estaba adherido polvo de caminos astrales. Y los que los habían oído aseguraban que sus palabras quemaban como soles y podían cortar como los cuchillos más afilados. Pero lo más importante era que cuando sonaban sus voces se acurrucaba el miedo, y dormía.

Que me traigan a esos hombres hasta mi palacio. Dicen

que son los dueños de la palabra. Los que poseen el verbo, dominan el mundo, lo conocen por dentro. Es que en el nombre de las cosas, están ocultas las cosas. Los quiero aquí en mi palacio a la hora de la caída del sol. Quiero oír cómo cuentan el mundo.

El faraón dio la orden con la mirada oblicua llena de fuegos aún no descritos. Los hijos, solícitos, salieron en busca de los desconocidos. Los encontraron en el tumulto de la plaza del mercado. Estaban rodeados de personas a las que sus voces envolvían. Parecía que los que escuchaban no estaban allí, que viajaban a tiempos y a lugares impensados, no dichos aún o que no existían. La gente se retiraba con los ojos encendidos, ahítos de alimento.

La pirámide se hacía sombras cuando el Faraón oyó en las piedras del piso resonar los pasos de aquellos desconocidos que venían de los confines del mundo.

Los recibió en silencio, envuelto en la penumbra. Sin palabras.

Los narradores ya sabían su cometido. Empezaron a entretejer cuentos y una especie de red invisible rodeó el Faraón.



Cada noche nacían relatos entre las piedras resacas, venían leyendas en las voces de aquellos hombres que nadie sabía dónde habían nacido. Los verbos se entrelazaban con los nombres, los adverbios y las conjunciones se deslizaban, los adjetivos adquirían tonos brillantes, los nombres revelaban secretos.

La belleza estaba creada. La intriga de cada cuento dejaba

suspensos a cuantos lo oían.

Se les pagó con granos y con piedras preciosas para que cada noche, al ponerse el sol, acudieran a la cita.

El faraón esperaba ansioso, con los ojos chispeando. Una red laboriosa de palabras lo atrapó para siempre.

Prisionero en su palacio, viajó por los hilos invisibles hasta espacios que nadie había descubierto, visitó tiempos lejanos y arribó a años que tardarían mucho en llegar, habló con personajes que nadie había conocido.

Conoció los secretos de las palabras.